

Maffo, escribía yo desde la Sierra un mensaje al jefe de esa tropa. Una hermana del combatiente rebelde Orlando Pantoja, *Olo*, que vivía cerca de Contramaestre, había subido en esos días a la loma con alguna misión. Por esa vía me había enterado de que el jefe de la tropa acantonada en Maffo era José Quevedo, quien había sido un compañero de aulas en la Universidad de La Habana, y con quien había establecido entonces relaciones relativamente cordiales, antes del golpe de Estado de Batista. Decidí escribirle, tal como le puse en la carta: “(...) sin pensarlo, sin decirte ni pedirte nada, sólo para saludarte y desearte muy sinceramente buena suerte”. En realidad, en la carta hice bastante más que saludarlo:

*Era difícil imaginar cuando usted y yo nos veíamos en la Universidad que algún día estaríamos luchando el uno contra el otro, a pesar de que, tal vez, ni siquiera albergamos distintos sentimientos respecto a la patria cuya sola idea estoy seguro usted venera como la venero yo.*

Así comenzaba la carta, y proseguía con una amarga valoración de la conducta criminal del Ejército enemigo y de tantos jefes que, a diferencia de Quevedo, habían convertido el oficio militar en ocupación de matarife. Recordando aquellos años le escribía al antiguo compañero de estudios:

*No tenía entonces, como no tengo hoy, a pesar de lo doloroso de las circunstancias que han situado a las Fuerzas Armadas junto a la más nefasta política que recuerda nuestra historia, sentimientos de odio contra los militares. He enjuiciado con palabra dura la actuación de muchos y en general del Ejército, pero jamás mis manos ni la de ninguno de mis compañeros se han manchado con la sangre ni envilecido con el maltrato de un militar prisionero [...].*

Y concluía con esta apelación indirecta a los sentimientos de honor y honestidad del jefe militar:

*Ni siquiera el espíritu de cuerpo, que es sostén de la unión, el sentimiento que explotan los que han llevado al Ejército a una guerra absurda e insensata, existe realmente, porque el más digno, el más honorable de los militares, por simples sospechas puede ser detenido, humillado, golpeado y lanzado a las mazmorras de una prisión como vulgar delincuente, lo que no toleraría jamás ningún ejército con verdadero espíritu de cuerpo en las personas de sus oficiales.*

No era difícil adivinar la intención que se ocultaba tras esta carta. Al igual que Quevedo, en el Ejército de la tiranía había otros oficiales no comprometidos con los crímenes y abusos, potencialmente descontentos con el oprobio en que se había sumido la carrera de las armas en Cuba, y que, por esa vía, pudieran ser susceptibles de rebelarse ante esa situación. El llamado sutil e indirecto a la conciencia y al sentido del honor militar de vieja escuela pudiera sembrar en un individuo de los antecedentes de Quevedo —después me enteraría que incluso había estado involucrado en la conspiración militar contra Batista abortada en abril de 1956— la primera semilla de cuestionamiento.

Sin embargo, por razones obvias, la carta no pudo llegar a su destino. Mi siguiente contacto con este oficial tendría lugar en circunstancias bien distintas.

Las primeras noticias no confirmadas del desembarco enemigo me llegaron al anochecer del propio día 10. Mis disposiciones iniciales fueron mandar a buscar de la zona de Las Mercedes al pelotón de Andrés Cuevas, y pedirle al Che el rápido envío de siete hombres de Minas de Frío, cinco de ellos armados con fusiles Garand.

“Ahora hay que prestar a la costa el máximo de atención”, escribí al amanecer del miércoles 11 en un mensaje a Orlando Lara, quien para esa fecha había subido con parte de sus hombres desde el llano con la misión de ocupar posiciones en el camino de Las Mercedes a las Vegas de Jibacoa.

Después del desembarco en Las Cuevas, se hizo evidente el plan enemigo de avanzar sobre el corazón del territorio rebelde desde tres direcciones principales. Por el noroeste, desde Las Mercedes y Arroyón, rumbo a las Vegas de

Jibacoa, y quizás Providencia; por el nordeste, desde la zona de Buey Arriba hacia el firme de la Maestra, hasta el momento —al parecer— en dirección de Santana y La Jeringa; y por el Sur, desde Las Cuevas hacia Palma Mocha y el alto de La Plata. Todavía en esta fecha no quedaba clara la dirección del golpe principal en el sector noroeste, aunque se presumía que estaría dirigido hacia San Lorenzo o las Vegas de Jibacoa, tampoco se había producido el cambio de trayectoria de la penetración del Batallón 11, que avanzaba desde Minas de Bueycito.

A partir del desembarco del Batallón 18 en Las Cuevas, la defensa de la zona del río La Plata adquirió importancia prioritaria porque, de las tres amenazas, era la que implicaba mayor riesgo. El acceso al territorio rebelde central era más factible desde el Sur, además, un avance desde esa dirección pondría en peligro inmediato el campo aéreo de la boca de Manacas. “[...] hay que tratar de defender Alfa [la pista de los aviones] lo que se pueda y evitar que penetren desde el mar”, le escribí al Che en la noche del 10 de junio. En el mismo mensaje, le pedía los siete hombres de refuerzo: “La cuenca de la Plata es el punto que debemos retener más tiempo”.

No me cabía la menor duda, a esas alturas, de que el desembarco del Batallón 18 en el Sur, unido a las informaciones recibidas de Ramiro acerca del reinicio de violentas acciones en la zona de Minas de Bueycito, indicaban que el enemigo se disponía a lanzar la segunda fase de su ofensiva, es decir, la penetración a fondo en el corazón rebelde. Como parte de las disposiciones de reforzamiento general de la defensa del territorio en torno a La Plata, fue el 11 de junio, al día siguiente del desembarco, cuando cursé la orden a Camilo de regresar a la Sierra con los 40 hombres mejor armados y más aguerridos de su tropa en el llano.

En lo que respecta al frente sur, a raíz de las noticias sobre el desembarco del Batallón 18 en Las Cuevas, mi impresión, y casi convicción era que el enemigo desembarcaría posiblemente también al oeste de La Plata, en El Macho, El Macío o quizás, incluso, en La Magdalena, y avanzaría de manera simultánea desde el Este y el Oeste por los caminos de la costa hacia el río La Plata. Una vez unidos en la desembocadura, iniciarían el avance río arriba.

Por tanto, en la primera evaluación de la situación táctica que realicé después del desembarco enemigo en Las Cuevas, no figuraban en un primer plano, en ese preciso momento, otras variantes de acción del enemigo, como pudieran ser, entre algunas que cabría mencionar, la posibilidad de un desembarco directo en la desembocadura de La Plata, la penetración desde El Macho o El Macío —en caso de un desembarco en alguno de esos puntos— en dirección a la zona de Caracas, el avance por el río Palma Mocha o el desembarco en La Magdalena y el avance por ese río en dirección a El Coco y El Roble, y de ahí a Minas de Frío o hasta Cahuara, y de allí a Jigüe. De todas formas, estas contingencias, si bien más remotas, había que preverlas en algún momento en los planes defensivos.

Hay que tener en cuenta, además, que en lo que respecta específicamente al frente sur, la situación se tornó muy fluida en el curso de los días posteriores al desembarco enemigo, y con ella iba evolucionando también de manera muy dinámica nuestra planificación defensiva.

En mantenerse constantemente al tanto de los acontecimientos, y siempre un paso por delante de ellos, en esa suprema flexibilidad operativa radicó una de las claves tácticas más importantes del éxito del Ejército Rebelde. Esta primera fase de la campaña en el frente sur de la ofensiva, hasta la llegada de Quevedo a Jigüe, constituye quizás uno de los ejemplos más significativos.

Lo que sigue a continuación es un intento de reconstrucción de la vertiginosa marcha de los acontecimientos durante estas primeras jornadas de lucha en el Sur.

En un mensaje a Pedro Miret, quien seguía al frente de la fuerza rebelde atrincherada en la desembocadura del río La Plata, la mañana del

11 de junio, al día siguiente del desembarco del Batallón 18, le transmití las instrucciones para la defensa de ese sector:

*La primera resistencia hay que hacerla en la costa y por los flancos lo más lejos posible en los lugares más estratégicos de los caminos que vienen del Macho y Palma Mocha. Cuando hayan tenido que replegarse hasta el río [La Plata], resistir entonces río arriba hasta el campo [de aviación], metro a metro. Destruir el avión si no podemos hacer nada por salvarlo e inutilizar el tractor quitándole y guardando algunas piezas esenciales. Después la resistencia hay que hacerla río arriba hasta el Jigüe. Es muy importante que tengan que pagar con muchas vidas cada kilómetro que avancen hacia nosotros. Hacer muchas trincheras donde quiera que vayan a resistir.*

Como se puede apreciar, estas instrucciones recogían el sentido esencial de nuestro plan general, es decir, la resistencia escalonada y tenaz al enemigo, para dificultar y demorar su avance el mayor tiempo posible y desgastarlo de manera incesante e inexorable. No se trataba de detenerlo en un primer momento, difícilmente podríamos lograrlo con los efectivos rebeldes concentrados en la costa.

Obsérvese también la mención a Jigüe como último punto contemplado implícitamente en la retirada rebelde y, por tanto, en la penetración enemiga. De hecho, ya en este momento yo tenía previsto ese lugar como el posible escenario de la batalla decisiva en este sector. No se trataba de un sueño o una inspiración. Era el resultado de un íntimo conocimiento del terreno y de la consagración al estudio y el análisis de los modos de actuar del Ejército, lo que me llevaba a predecir, por lo general con bastante exactitud, lo que iba a ocurrir. De aquel ajedrez de batallones moviéndose, apoyados por la aviación militar y la marina podían salir todas las variantes, esos dos factores fueron esenciales en la elaboración de las ideas que condujeron a la derrota enemiga. Y en otro mensaje inmediatamente posterior, volví a insistirle: “Tienes q. resistir de verdad y no dejarlos llegar al Jigüe ni a Puralón si es posible. Ese camino es formidable para combatir”.

Con el desembarco en Las Cuevas ya no tenía sentido la defensa de Ocuja y la permanencia allí del pelotón rebelde de Ramón Paz. Al día siguiente del desembarco ordené a Paz que se replegara hacia el río Palma Mocha, a la altura de la casa del colaborador campesino Emilio Cabrera, en El Jubal, que era donde venía a salir uno de los caminos que partían de Las Cuevas y, por tanto, una de las posibles vías de penetración del enemigo.

Cursadas las instrucciones antes citadas a Pedro Miret para la defensa del río La Plata, me dediqué entonces a organizar las primeras medidas defensivas en la zona entre el Turquino y Palma Mocha. Instruí también a Paz que ordenara a la escuadra de Vivino Teruel, la que hasta ese momento cuidaba la desembocadura del río Palma Mocha, que se retirara casi un kilómetro río arriba y preparara una primera línea defensiva en espera de nuevas instrucciones. Igualmente, Paz debía enviar una escuadra de su tropa “[...] lo más avanzada posible por el camino de la casa de Emilio [Cabrera] a las Cuevas, que esté al acecho de cualquier movimiento enemigo por ese camino y hacerle la primera resistencia”.

También le indiqué a Almeida que, con algunos de los hombres traídos por él desde el Tercer Frente, se ubicara en el alto de Palma Mocha, entre este río y el de La Plata, como una especie de reserva dispuesta a moverse hacia donde fuese necesario.

Ya en esos momentos, nuestra preocupación principal no era que el enemigo ocupara Ocuja o Las Cuevas, o cualquier otro punto de la costa, salvo la desembocadura del río La Plata. Así se lo hice saber a Paz en un extenso mensaje que le envié al mediodía del 11 de junio, en el que expresaba cuál constituía nuestro objetivo esencial a la luz de la situación táctica creada después del desembarco:

“Ahora lo que hay que impedir es que [el ene-